

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 26 DE JUNIO DE 1921

NÚM. 19.468



COSTUMBRES QUE SE ACABAN.—LA NOCHE DE SAN JUAN EN ARAGON, CUADRO DE R. VALDIVIA

Ayuntamiento de Madrid

UN HOMBRE PRÁCTICO

En el bar. Juan y Anselmo departen ante sendos *bocks* de cerveza.

Juan.—Estás cariacontecido.

Anselmo.—Estoy preocupado.

Juan.—¿Motivo grave?

Anselmo.—Relativamente. Mi mujer quiere ir de veraneo, y a mí no me conviene llevarla.

Juan.—¿Y eso te preocupa? Yo estoy en el mismo caso, y ya me ves: tan fresco.

Anselmo.—Tendrás dinero de sobra y querrás complacer a tu costilla.

Juan.—Ni lo uno ni lo otro.

Anselmo.—Entonces...

Juan.—Nada; que no salgo este verano de Madrid.

Anselmo.—¡Horror! ¿Piensas contrariar a tu mujer en asunto tan arduo? No te creas héroe.

Juan.—No lo soy. Y, sin embargo, no la complaceré.

Anselmo.—¡Ah! Ni yo tampoco, por supuesto. Pero preveo un serio conflicto, un grave altercado, y esto me disgusta. Y me asombra que no te suceda a ti lo mismo.

Juan.—Es que no temo esas complicaciones. Mi mujer me dará la razón.

Anselmo.—Será más infelizota; quizás una abúlica...

Juan.—Nada de eso: tiene su geniecillo como cualquiera.

Anselmo.—Pues entonces...

Juan.—Ahí verás tú: cuestión de sistema.

*

En casa de Anselmo.

Anselmo (*Entrando de la calle, con cara de pocos amigos*).—¡Buenas tardes!

Julia, su mujer (*Desabrida*).—¡Hola!

Anselmo.—Parece que continuas de mal talante.

Julia.—¿Yo? ¡Nada de eso, hijo mío! Eres tú quien viene hecho una fiera.

Anselmo.—¡Pero mujer!... (*Dominándose*). Verás: con calma vamos a hablar de la cuestión. ¿No te haces cargo de que es verdad lo que te digo? Ya sabes que la vida es cada vez más cara...

Entre la gratificación de diciembre y algunos trabajillos extraordinarios, ya lo sabes, tendremos unas mil pesetas ahorradas. Hemos de emplearlas en una cosa superflua, exponiéndonos a que una enfermedad u otro gasto indispensable nos coja desprevenidos?... Además, con eso no hay bastante; tendría que buscar más del doble...

Julia (*Con calma sarcástica*).—Nada, nada: no te esfuerces. Ya se sabe que eres un hombre previsor... Guardemos para las enfermedades; no nos preocupemos de evitarlas...

Anselmo.—¿De evitar qué?

Julia (*Excitándose*).—Nada, hombre, nada. Bien sé lo poco que yo significo para ti... No ignoras que este mismo invierno el doctor Núñez me lo dijo: «Está usted neurasténica; le convendrían baños fríos, de impresión, de ola fuerte: los del Sardinero, por ejemplo...»

Anselmo (*Sorprendido*).—¿Que el doctor te dijo eso!... Pero, ¿estás segura, mujer?

Julia (*Más excitada*).—¡Claro! Si yo soy una embustera... Si hasta negarás que el sol alumbraba, como yo lo diga...

Anselmo.—¡Mujer, por Dios!

Julia (*Exaltándose*).—¡Naturalmente! Estás acostumbrado a que no me queje nunca, a que me pase en silencio todos mis males... Y, lejos de agradecerme la prudencia, me dices que miento.

Anselmo.—Pero ¡qué modo de sacar las cosas de quicio!

Julia.—¡Ya me lo decía mi mamá! «Ten cuidado con ese hombre; es un egoísta.» Y así ha sido. Hace dos años, porque te

salía un sarpullido detrás de la oreja, tuviste buen cuidado de marcharte a Paracuellos. Entonces no te preocupaba la idea de gastar. En cambio, a mí, que me parta un rayo. ¡Ay, qué sofoco!... No, si no estoy mala. ¡Ay, qué mareo!... Como que no puedo estar más saludable... ¡Ay, que me caigo!...

Anselmo (*Acudiendo a ella*).—¡Mujer, por Dios!

Julia se estremece sobre una butaca y grita desahoradamente, presa de un acceso nervioso. Anselmo la sujeta, convulso. Acude la doméstica, que con la precipitación rompe un vaso, y da de beber a su señora espíritu de vino en vez de antiespasmódica. Preséntase la vecina de al lado, y, so color de prestar sus auxilios, huneonea y fiska por doquier para comentar luego, en confianza, con la del segundo. Al fin, la crisis se resuelve en llanto copiosísimo. Julia se acuesta sin cenar. Anselmo se recluye en su despacho, sumido en tétricas ideas, sin acordarse tampoco de la comida. La criada, filosóficamente, se come la ración de todos.

*

➤ POR EL AMOR DE MI DAMA ➤

Al lugar apartado donde mi pecho refugióse un día, triste e inesperado, llegó, señora mía, el mensajero que tu amor me envía.

Mi castillo roquero tan reposado ayer y silencioso, porque tu mensajero fuera en él venturoso, salió de su silencio y su reposo.

En la torre señera irguióse altivo mi pendón balaje, cerré la ballesterá, guardé el almenaje y de oro y grana se vistió mi paje.

Tronaron los clarines, la cercana llanura estremeciéndose, y fué hasta los confines a que mi juro extendió, el agrio son de su viril estruendo.

Hubo fiesta de gala en la sala de honor de mi castillo, y se juntó en la sala todo cuanto da brillo a mis rancios blasones de caudillo; y tras de la galana fiesta de paz, de honor y de homenaje, la gente castellana oyó de tu mensaje el dolorido y trémulo lenguaje:

«Sufro mucho—decías—; y aunque al pecho la fe no le abandona, todas mis alegrías borró quien me aprisiona envidioso, quizá, de mi corona.

Yo le di mi sagrada sangre de amor, mi maternal ternura; por él, sacrificada, lloré mi desventura, y él, como pago, mi dolor procura.

Quisiera ver mi vida en mil heridas diferentes rota, y que por cada herida fluyera, gota a gota, la sangre ineficaz de la derrota.

Que sobre la llanura desplegara el dolor su triste velo; que a la espiga madura bajase desde el cielo desatado huracán o áspero hielo.

Que en los rústicos lares, enmudeciendo la rural plegaria, sonasen los cantares que reza, solitaria, la miserable condición de paria.

En casa de Juan.

Juan (*Entrando de la calle*).—¿Dónde está la alegría de la casa?

Margarita, su mujer (*Abrazándole*).—Aquí estoy, más satisfecha que nadie en el mundo.

Juan.—¿Haciendo preparativos?

Margarita.—Por lo menos, proyectándolos. ¡Si vieras!... Hay unas blusas en «La Aurora» y unas faldas de barros en «La Primavera» que quitan el sentido. ¡Y unos sombreros en casa de Madame Garderobe!... Preciosidades. Y todo ello, baratito, no creas. Yo calculo que con ochocientas o mil pesetas, a lo sumo, tendré suficiente para mi equipo. ¡Ya verás cómo te gusta tu mujercita con tanta lindeza! Y en seguida, a lucir los trapitos por esos mundos. Iremos a San Sebastián, ¿no te parece?

Juan.—Eso iba a proponerte. Es la playa más deliciosa.

Margarita.—Claro que sí. Digan lo que quieran, no hay población más adorable. Luego, por poco dinero, podemos entrar un poquitito en Francia: Hendaya, Pau, San Juan de Luz, Biarritz... Te serviré de intérprete. Verás cómo no he olvidado lo que aprendí en el colegio.

Juan.—¡Admirable! Un itinerario encantador, como propuesto por ti.

Margarita.—De modo que, ¿cuándo marcharemos, aproximadamente?

Que de mis caballeros toda la altiva raza sucumbiera, y no hubiesen mis fueros ni quien los defendiera ni quien los ilustrase y mantuviera. Que todos mis amores se trocasen en íntimo quebranto, y no viese otras flores que las flores de acanto, que son espinas y dolor y llanto. Que todos mis poetas dejasen de cantarme y que en el oro gentil de mis trompetas ahogárase el sonoro clarín de mi decoro.

Que todos mis leales su lealtad trocasen en bastardas ambiciones filiales y en opresoras guardas todas sus reverentes alabardas. Llorosa e indefensa, una mujer en su dolor reclama con pesadumbre inmensa que se ampare en su fama a la reina, a la madre y a la dama. Si queda aún en Castilla alguna lanza que a luchar se preste por mi honor sin mancilla, mi llamamiento es este... ¡Quien quiera contestarlo, que conteste!

Yo escuché tu mensaje y a contestarlo, reina mía, vengo con el fiero coraje que cumple a mi abolengo y a la honrosa divisa que mantengo.

Noble soy, reina mía, y poeta, además, y castellano; la fe llevo por guía, la lira en una mano y en la otra un acero toledano.

Yo acudiré al torneo en que tu honor de reina se debata, y mi mejor trofeo será el de ver la plata de mi escudo teñida de escarlata.

Dejaré en campo abierto limpio tu honor, honrada tu divisa, nuestro enemigo muerto, y tornaré de prisa, buscando el galardón de tu sonrisa; y cuando ella, galana,

me envuelva en sus dulzuras celestiales, mi lira castellana a tus plantas reales hablará, por mi amor, en madrigales...

Marciano ZURITA

Juan.—Pronto, muy pronto... Esta misma tarde estuve a ver a don Protasio... No estaba; pero mañana volveré.

Margarita (*Alarmada*).—¿Don Protasio?

Juan.—Sí... ¿No recuerdas? El que me prestó aquel dinero hace dos años, cuando estuviste enferma... Un poquito caro, es cierto; pero me servirá, porque ya me conoce. Dos mil pesetas con retención de mi sueldo y el sesenta por ciento de interés... En cuanto coja el dinero, que, Dios mediante, será la semana próxima, estaré a tu disposición. ¡Y poco bien que lo vamos a pasar!

Margarita (*Cavilosa*).—Espera, Juan, espera... ¿Y no habría otro medio?... ¿No se podría prescindir de aquel hombre odioso?

Juan.—Claro que no, hijita. Bien sabes que no tenemos ahorros. Mi sueldo entero se gasta en las atenciones domésticas... Es indispensable un anticipo. Pero eso no importa. ¿No tienes tú ese gusto? Pues a cumplirlo. Afortunadamente, es posible. Claro que este invierno tendremos que estrecharnos un poco para devolver el préstamo; pero, después de todo, ¿qué más da? Que nos quiten lo bailado. ¿Verdad, chiquilla?

Margarita (*Reflexiva*).—No, Juan; yo no había contado con eso... Lo que yo pensaba es una locura...

Juan.—Pero tonta, ¡si a mí no me lo parece!

Margarita.—Porque eres muy bueno; pero lo es. (*Resolviéndose. Tan alegre como antes*). Ea, no se hable más de eso. Ya no quiero veranear.

Juan.—¡Pero, criatura!

Margarita.—Nada, nada; no me repliques. ¿No dices que desear complacerte? Pues mi gusto es no salir de Madrid este verano. Después de todo, he disfrutado imaginándolo tanto como si lo hubiese hecho.

Juan (*Resignándose hipócritamente*).—En fin, chica, como tú quieras. Y, después de todo, no te figures, aquí no se pasa tan mal. En todas partes hace calor, y lo que es comodidades, en ningún sitio como en nuestra casita. Compraremos un ventilador eléctrico...

Margarita.—Y me llevarás por las noches al cine.

Juan.—¡Pues no faltaba más! Como si quieres ir hoy mismo.

Margarita (*Palmeando*).—¿De veras? ¡Y poco que nos vamos a divertir!...

*

Otra vez en el bar.

Juan.—Estás más mustio que ayer.

Anselmo.—Querrás decir que estoy desesperado.

Juan.—¿Según eso, se cumplieron tus temores?

Anselmo.—Con creces. (*Sacando del bolsillo un flamante kilométrico*). Mira.

Juan.—¡Já, já! Caíste en el garlito.

Juan.—¡Un montón de pesetas en ferrocarril! La quinta parte de lo que gastaré. Y lo peor es que he tenido que empeñarme para emprender el maldito veraneo.

Juan (*Mostrando los arrugados billetes del cine*).—Dos pesetas me cuesta el mío.

Anselmo.—¿Perc qué hiciste para vencer?

Juan.—Nada. Decir que sí a todo. Ella, al momento, dijo que no. La mujer, amigo Anselmo, odia la contradicción impuesta por los demás; pero ama la que ella misma impone. Si la llevas la contraria, saltará como una tromba; si la das la razón, se la quitará a sí misma, con tal de quitártela a ti... O ¡quién sabe!... Acaso la mujer, toda corazón, vence con las armas de la tenacidad y se deja vencer con las del sentimiento...

Anselmo (*Admirado*).—Amigo Juan, eres un filósofo.

Juan (*Modestamente*).—¡Bah! No lo creas. Soy un hombre práctico...

A. MARTINEZ OLMEDILLA

RELIQUIAS MATRITENSES. EL MONASTERIO DE SANTA ISABEL

A l final de la calle que lleva por nombre el de la piadosa reina de Hungría, y contiguo a una mansión noble, alzáse una casa de esposas del Señor, que hubo de ser fundada en el áureo siglo de los Felipes.

Los más prestigiosos lugares de la devoción cortesana de entonces, como eran *San Felipe el Real, la Victoria, la Compañía, las Baronesas, las Vallecas, las Constantinoplas*, ha mucho tiempo que los hizo cascote la piqueta urbanizadora, enemiga de la Tradición y de la Historia.

Este monasterio de Santa Isabel tiene una bella leyenda de amor y de misterio que pone un poco de melancolía en el corazón y otro tanto de inquietud en el espíritu.

En el último tercio del siglo xvi moraba en la calle del Príncipe un rico hidalgo, llamado D. Juan Grilo, que, sobre su mucha hacienda, había el tesoro de una hija que era famosa en toda la corte por su extraordinaria bizarría y buen talante.

En saliendo doña Prudencia (que este era su nombre) a *ruar* en la calle Mayor o a dar sus vueltas en el *Prado*, más cortejo llevaba ella sola que todas las otras damas. Tal solía ser la pléyade de galanes que continuamente llevaba al retortero, *que venía a dar agravio a su buen nombre*.

Parece que con todos se holgaba honestamente; pero a ninguno distinguía como dueño del corazón y señor de la voluntad. No tenía ella el carácter propio para sujetarle a las tiranías de un aprendiz de marido.

Mas aconteció que Amor dispuso ordenar las cosas muy de otra suerte, y fué que hubo un caballero recién llegado a la corte que acertó a interesarle más que cuantos hasta entonces habíanla servido.

Llamábanle D. Felipe de Castañeda. Tenía todas las prendas apetecibles para interesar a una mujer tan voluble como doña Prudencia. Jugaba diestramente las armas. Sabía tañer con mucho donaire la guitarra, algún poco entendíasele en la materia poética, y alanceaba un toro con la misma destreza que un moro granadino.

Así como D. Felipe creyóse dueño del corazón de la dama, miró a fr despejándola poco a poco de los amorados satélites.

—Ved—decía el galán—que si a todos habéisme preferido y las jornadas de nuestro amor van por muy buena senda, ni a vuestro nombre ni al mío les está bien el consentir esa comedieta de galanes.

A que ella respondía:

—¿No veis que ello es diversión para entrambos? ¿No os divierte el ver a todos esos mentecatueros andar tras mí como perrillos falderos, sin poder lograr mas que alguna broma cruel y ser luego vos apaciblemente dueño de mi cariño?

Subyugado el galán por la bonísima gracia de la damisela antojadiza, no tornaba a insistir hasta que ella no le daba nueva ocasión para protestar.

Hubo un día en que la cosa llegó a mayores, y comprendió D. Felipe que, de seguir adelante aquel martelo, podía llegar día en que fuese su perdición; y luego de asestar un formidable tajo en desafío de bueno a bueno al galán que más distinguía la niña, despidióse de ella, diciéndola que ibase en la flota invencible que Felipe II preparaba contra Inglaterra.



Doña Prudencia dió muestras de arrepentirse de sus veleidades, y prometió con todas las ansias de su corazón enmendarse en ellas. Mas no le valieron súplicas; que ya el ofendido amador tenía su determinación bien decidida y no le quebrantaban lágrimas ni suspiros.

—Prometedme, cuando menos—suplicó—le la dama, persuadida de la firme tenacidad—que no me olvidaréis.

A lo que respondió D. Felipe:

—Sabréis de mí siempre que me hallase en algún peligroso trance. Cuando esto sea, advertid que se moverán las gavetas de vuestro escritorio, y será señal de que he muerto si cuando entréis en la alcoba se descorren solas las cortinas del lecho.

Y sin dar lugar a más palabras, aprovechando la extraña confusión que éstas hicieron en el ánimo de la dama, apartóse de ella para siempre.

De allí a pocos días no se acordaba doña Prudencia de D. Felipe ni de su promesa, y tornó a la deleitosa vida que había por costumbre.

Una de las noches, antes de recogerse, sin duda quiso trasladar de la memoria al papel alguna receta para hacer un nuevo perfume o aderezo químico del resto. Llegóse al escritorio para poner por obra su pensamiento, y en aquel mismo punto y hora moviéronse las gavetas tan bruscamente, que la una dió en el suelo, haciendo al caer un ruido tan singular, que en el corazón de la desaprensiva vino a percutir como el estrépito de la tapa de un ataúd, cerrada de golpe...

Llena de terror alzóse de la silla, y así que logró tranquilizarse alguna cosa, fuese al reclinatorio y rezó con la más grande devoción que había tenido hasta allí en todos los días de su vida.

Dirigióse luego hacia el lecho; pero no bien había puesto el pie en el estradillo, cuando violentamente, y sin que mano humana las llegase, descorriéronse las colgaduras.

—¡Jesús!—exclamó la dama.—¡Mi don Felipe ha muerto!

Y cayó al suelo como cuerpo sin vida.

Muchos días estuvo entre la vida y la muerte, sin poder dar cuenta del portentoso acaecimiento.

De allí a una semana recibióse en la corte noticia del desastroso fin de la armada y de la muerte de D. Felipe de Castañeda.

Cuando doña Prudencia volvió a la vida, hizo voto solemne de consagrarse a Dios el resto de sus días, en memoria de aquel extraño suceso y expiación de sus culpas.

Convencido su padre, el viejo D. Juan, de la firme resolución de su hija, no se opuso; pero quiso que ya que diese en la flor de ser religiosa, fuese fundadora, y dispuso el beaterio en su misma casa de la calle del Príncipe, junto al corral de las comedias.

En un principio fueron cuatro las religiosas bajo el priorato de doña Juana Velázquez, las cuales vinieron del monasterio de Santa María de Gracia, asentado en la ciudad de Avila.

En 1610, habiendo fenecido la fundadora, visitó la santa casa la reina doña Margarita; y como percibiera la alegría y algazara que venía desde el vecino templo del ingenio, dispuso que se trasladase la Comunidad al lugar donde aún se halla en nuestros días...

Diego SAN JOSE

EL CIGÜEÑO Y LA LOMBRIZ



El señor Cigüeño avisó a su distinguida esposa que ya era tiempo de preparar el equipaje para irse de veraneo.

El nido veraniego de la familia Cigüeño estaba colocado en el techo de una casa vieja y destartada, en medio de un jardín abandonado.

Aquella morada tenía pocos atractivos para los hombres; pero ofrecía, en cambio, inapreciables ventajas para las cigüeñas, principalmente la de tener en medio del jardín una charca llena de ranas, manjar exquisito y nutritivo para los estómagos cigüeñiles.

El señor Cigüeño y la señora Cigüeña llegaron a su residencia veraniega a todo volar, porque siempre era de temer que otra familia les soplase el puesto sin más ceremonias ni miramientos.

Mientras que la señora procedía a la instalación, el padre de familia se fué al jardín en busca del almuerzo de los suyos, pues es cosa corriente entre los cigüeños que los caballeros sean los que van a la compra.

No tardó en volver, trayendo cinco ranas bien gordas, de las que dió una a cada uno de sus tres hijos y dos a la mamá. Luego volvió a partir en busca de su propia comida. En su calidad de padre se comió tres ranas y un renacuajo y hasta se permitió el lujo de un exquisito postre, compuesto por la mitad de un lagarto. Regresaba al nido con el estómago lleno y la otra mitad del postre en el pico, cuando divisó a una lombriz que se retorció ridículamente en el suelo.

—Tenga compasión de mí, quienquiera que usted sea—imploró retorciéndose de una manera tan lastimera que partía el alma.

—Pero, ¿no ves quién soy yo?—preguntó el cigüeño con toda la altivez correspondiente a su rango.

—¡Ay! No, no lo veo, porque soy ciega, y al oírle llegar me ha entrado tal pánico, que me ha sido imposible hallar mi agujero.

El cigüeño se sintió intimamente halagado por infundir tal terror. Se puso sobre una pata, actitud que corresponde en los cigüeños a la del caballero distinguido que se cruza de brazos.

—Soy el cigüeño—declaró.

—¡El cigüeño!—repitió la lombriz.—¡Ay de mí!

—¿Me conoces?

—¿Pues no he de conocer al personaje más distinguido del país? Las ranas tiemblan en su charca y las lombrices en sus agujeros al solo nombre de vuestra señoría. ¡Cuántas hermanas mías os habéis comido!

—Y, dado el caso, te comeré a ti también; pero por ahora tengo el estómago convenientemente lleno, y puedes dar gracias a Dios por tu suerte.

—Doy gracias a Dios y a vuestra señoría—dijo respetuosamente la lombriz.

—Está bien; pero no me parece correcto que yo me rebaje a hablar contigo.

Y el cigüeño cogió la mitad del lagarto que había dejado en el suelo para hablar y voló a su nido, mientras la lombriz regresaba a su agujero, satisfecha por haber salido ileso de tan terrible aventura.

A los pocos días el cigüeño volvió a pasar por el mismo sitio.

—¡Lombriz—llamó—; ven aquí!

—No me atrevo—murmuró ésta desde el fondo de su agujero.

—¿Y te atreves a desobedecerme?

—No se enoje vuestra señoría; es que tengo miedo a que me coma.

—No tengo hambre. Ven y cuéntame algo de tu vida. Conviene que nosotros, los grandes señores, nos enteremos de lo que hacen los pobres seres como tú.

La lombriz sacó primero la cabeza y luego fué saliendo, aunque sin alejarse mucho del agujero, como medida de precaución.

—Poco puede interesar mi vida a vuestra señoría—dijo—. Trabajo hasta el día en que me llegue el turno de ser comida. Labro la tierra, cavo fosos.

—¡Ah! ¿Tú haces los fosos donde están las ricas ranas?

—¡Oh, no! Yo sólo hago pequeños conductos bajo tierra.

—¿Y de qué nos sirves tú a nosotros los cigüeños?

—Ante todo, de alimento.

—Ya lo sé; y más te valdría no recordármelo tan a menudo.

—Además, yo preparo el mantillo.

—¿Esa porquería?

—Perdóneme vuestra señoría si me atrevo a contradecirle: el mantillo no es una porquería. Es un estiércol podrido y molido que se usa mucho en las huertas y jardines para abonar las plantas; y de las plantas viven los insectos, y de los insectos se alimentan esas ranas que vuestra señoría y su honorable familia se dignan comer.

—¿Te figuras que no sé todo eso tan bien como tú?—exclamó el

cigüeño, impaciente por tanta pedantería—. ¿Y cómo preparas ese... cómo dices?

—Ese mantillo. Lo preparo de noche, cuando nadie me molesta, llevando al aire la capa de tierra que está abajo y llevando abajo la que está encima. También mezclo con la tierra hojas secas.

—Me interesas—dijo el cigüeño condescendiente.

—¡Ah, si todo el mundo tuviese tal indulgencia! Pero la gente no nos comprende: dicen que somos feas y ordinarias. Verdad es que no vestimos con lujo; pero, ¿de qué nos serviría, por ejemplo, un traje tan resplandeciente como el de vuestra señoría para nuestros trabajos subterráneos?

—¡Ah, si vuestra señoría se dignase tomar cartas en el asunto y apoyarnos con su influencia ante los hombres y demás animales!

—Puede, puede que me digne, si el apetito no me hace cambiar de idea.

—Mil gracias—exclamó la lombriz—. Yo, por mi parte, me voy a permitir hacer un favor a vuestra señoría.

—Mucha presunción me parece—dijo el cigüeño, sonriendo.

—Sin embargo, puedo advertir a vuestra señoría de un peligro que le amenaza.

—¿A mí? ¡Tú deliras! No hay personaje más respetado en toda la región.

—Se trata de lo siguiente—prosiguió la lombriz—: Nosotras ahondamos galerías bajo tierra, y en este jardín somos más de cincuenta mil.

—¡Caramba!—exclamó el cigüeño, relamiéndose.

La lombriz corrió a su agujero.

—¿Qué te pasa?

—Vuestra señoría me asusta cuando evoca la idea del hambre.

—Vamos, acaba de una vez y no me impacientes.

—Pues bien; hemos minado el suelo de tal modo, que el día menos pensado la casa se derrumbará.

El cigüeño se echó a reír y voló a su nido para contar a su esposa las locas pretensiones de la lombriz, que se imaginaba poder echar la casa abajo y representar un peligro para él y los suyos.

Tú tienes la culpa de que la lombriz se haya propasado—contestó severamente la dama—; no conviene dar tanta confianza a cierta clase de gentes.

Una semana transcurrió sin que el cigüeño volviese a ver a su infima vecina. Un buen día el matrimonio se hallaba sobre el techo contemplando su nidada.

—Ya tienen plumas—decía la mamá.

—¿Qué es esto?—exclamó su marido—. Me parece que el techo se mueve.

En aquel instante la casa se derrumbó con un ruido espantoso. Los cigüeños tuvieron el tiempo preciso para volar al techo de una casa cercana.

—¡Mis hijos!—gritó la cigüeña.

Pero ya no quedaba de la casa mas que unos escombros que sepultaban al nido y los cigüeñitos.

—¡Maldita lombriz!—exclamó el cigüeño, recordando los avisos de su humilde vecina—. Tiene la culpa. ¡Ay de ella si la encuentro!

Y se fué al jardín y la llamó con hipócritas amabilidades. Pero la otra se guardó muy mucho de aparecer, y las cigüeñas hubieron de marcharse rabiando y desesperadas con la música a otra parte.

Al anochecer, la lombriz salió de su agujero y fué a dar un paseito cerca de la charca. Una rana salió fuera del agua.

—¡Croac, croac!—dijo—. ¡Hola, vecina! Buen tiempo, ¿verdad? Creo que se nos prepara un buen chaparrón.

—Sí—contestó la lombriz, respirando con delicia el aire húmedo—. La vida es grata, sobre todo desde que el señor Cigüeño ha ahuecado el ala. Es un caballero cumplido; pero junto a él no hay tranquilidad posible: siempre se está pendiente de que le entre apetito.

Y mientras así discurrían, el matrimonio Cigüeño, ya lejos, buscaba un lugar apropiado para pasar el veraneo, edificar otro nido y fundar una nueva familia.

No les compadezcamos demasiado. Al fin y al cabo, bien merecido tenían lo que les ocurría. Además, su desgracia les fué provechosa. La señora Cigüeña empezó a darse cuenta de que no siempre conviene despreciar a las gentes de humilde condición; su señor esposo también se corrigió de su loca soberbia.

Y vió por esta aventura
Que para dar un consejo,
Están a la misma altura
Un águila que un cangrejo.

Y comprendió que, por lo tanto,

El cigüeño de más viso,
Lo mismo aquí que en París,
Debe atender el aviso
De una sencilla lombriz.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.



Un genial dibujante de Francia

El arte atrabiliario de Rouveyre



El nombre de Andrés Rouveyre ha sido recordado estos días por la Prensa francesa con motivo de unas ruidosas diferencias surgidas en el último Salón de Humoristas entre un caricaturista incipiente y la famosa actriz Cecilia Sorel, dando lugar a que esta bella artista haya mutilado la obra en la cual *Bib* la había representado irónicamente, acudiendo, además, ante los Tribunales en demanda de una indemnización por el perjuicio que el haber sido ridiculizada ocasiona a quien tiene profesionalmente que ser siempre hermosa y como tal respetada y tenida. Este escandaloso suceso ha bastado a evocar el recuerdo de otros casos análogos, entre ellos los de Sem y Rouville y la condesa de Pélhion, y más conocido, el de Rouvey-

El maestro Alomar ha expuesto en estas columnas que, para él, todo arte es caricatura, porque recarga los valores característicos y elimina los accesorios. Caricaturescas — en el verdadero significado de la palabra — son las sublimes creaciones del genio, nacidas de una impetuosa exaltación hacia lo absoluto, y tal parece asimismo la opinión de Chesterton al decir, de pintoresco modo, que la caricatura es «una cosa seria», porque consiste realmente en «hacer un cerdo



ta, porque el genio no trata de enmendar la obra al Creador, sino que, por entender que el fin del hombre en la vida es su propia depuración, señala — construyendo tipos puros — el camino a seguir en la peregrinación dolorosa hacia la perfección. Por haberse alterado la significación de la palabra, podría parecer aventurado igualar la caricatura al arte; pero es indudable que, si bien el talento en su producción tiende al equilibrio ponderando con prudente ar-

Volviendo ahora a Rouveyre, vemos que no es preciso distinguir lo que de retratista o de caricaturista en él haya, ni menos separar bruscamente los términos para sentir su arte y admirar su obra. Por otra parte, y si de limitarle se tratase, encerrándole en el primer concepto, forzoso sería oponer unas palabras esenciales de Bergson, del todo aplicables a este genial artista. «El arte del caricaturista consiste en coger aquel movimiento, imperceptible a veces, y hacerlo visible a todos los ojos, agrandándolo. Hace gesticular a sus modelos como gesticularían ellos mismos si concluyesen su gesto. Adivina, bajo las armonías superficiales de la forma las violentas protestas de la materia. Realiza desproporciones y deformaciones que han



ANDRÉ ROUYEYRE (Bronce de Bourdelle)

más parecido al cerdo que lo que Dios mismo lo ha hecho»; es decir, que la ficción creada por el artista se aproxime más al ideal arquetipo que el ejemplar producido en la Naturaleza. Pero, ¿no es esta también la misión del arte? Más cerca está de Hamlet la caricatura forjada por Shakespeare que el auténtico príncipe que vivió en Dinamarca; sin que haya en ello una «casi blasfemia», como apuntaría el citado humoris-

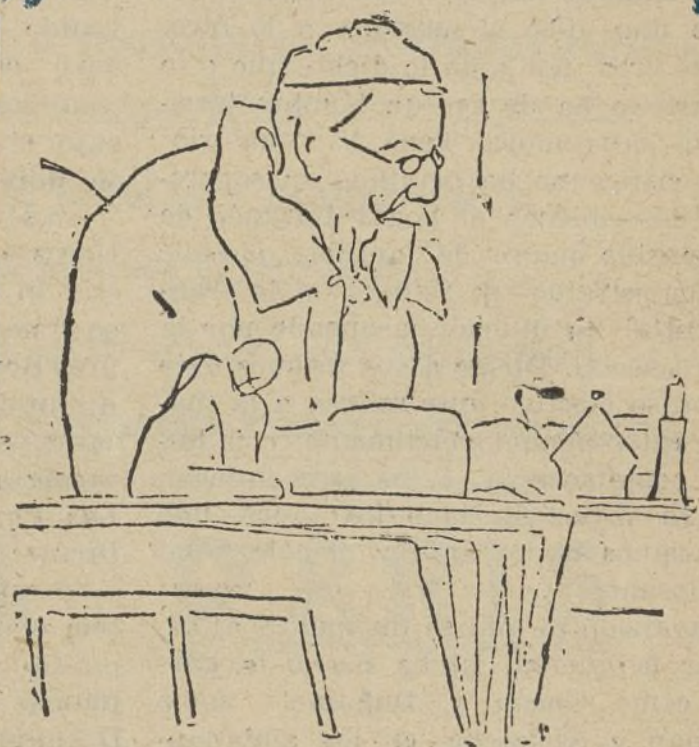
monía los caracteres varios, el genio, por el contrario, se lanza — destruyendo y creando al mismo tiempo — apasionadamente, hasta la exaltación de los elementos esenciales. Si alguna vez puede esta caricatura parecernos ridícula o absurda, no se hallará la causa en su constitución misma, sino, más bien, en la insólita desproporción que resulta con la mediocridad ambiente. (Don Quijote es un ejemplo eterno de ello.)



MAURICE BARRÈS

ta y la señora Catulle Mendès, quien consiguió que se prohibiera en absoluto la publicación de la caricatura procaz, por lo cual aparece en las últimas ediciones de los *Visages contemporains* sustituida por un autorretrato de Rouveyre, con todo el atribulado aspecto de un reo contrito.

He aquí al un genial artista, víctima de su violenta y audaz sinceridad, que ha visto de continuo sus obras perseguidas, procesadas y aun amenazadas con el fuego. Escrutador veraz y certero, se ha ensañado las más veces con su modelo, agravando la indignación de éste el que el mismo autor proclame que no ha intentado una caricatura, sino un fiel retrato, y que Rémy de Gourmont, su crítico, lo asegure, confirmando que Rouveyre es un retratista y no un caricaturista. Pero, aunque bajo ambos aspectos, aparentemente, se nos muestre, no es fácil distinguir donde uno y otro se enlazan y dividen. En efecto; lo caricaturesco no es lo ridículo, aunque por tal sea vulgarmente tenido, y bien merece que tratándose de tan interesante caso nos detengamos a considerar la precisión del concepto.



ANATOLE FRANCE

debido existir en la Naturaleza, en el estado de embrión; pero que no han podido lograrse, rechazadas por una fuerza mejor. Su arte, que tiene algo de diabólico, revela al demonio que el ángel había derribado.

Esto es lo que hace Rouveyre, el inquisidor implacable, que, despojando de ficticias apariencias a su presa, abonda en ella, derechamente, hasta llegar al hueso, al esqueleto (la *carcasse*). Animado por un violento espíritu satírico — análogo al de Goya retratando a Fernando VII —, procede, para lograr su afán de íntima verdad, analizando escrupulosamente al modelo y agitándole luego para obligarle a descubrir sus más disimulados defectos, y aun apelando, a veces, a la vanidad y al amor propio para conseguir, por antítesis, su objeto.

Dice Cajal que todo retrato es una confidencia íntima, porque nos cuenta no lo que es el modelo, sino lo que desea ser. Idéntico criterio impulsa a Rouveyre a encararse con el afectado empaque que el modelo le ofrece y triunfar de él, o a buscarle en momentos de distracción o apasionamiento tales, que se olvida de



Rouveyre

DE LA «MONOGRAFÍA DE UNA COMEDIANTA TRAGICA Y CÓMICA» (LA RÉJANE)

si mismo, hasta el punto de no consentir luego en reconocerse.

Rouveyre es un nieto de Baudelaire, a quien obsede el pecado y que siente la sarcástica alegría de éste al desenmas-

cias, asistiendo a los heridos, separado de la fragosa embriaguez de la primera línea de fuego, y ha podido sentir, allí, conmovida su alma ante la bárbara maldad destructiva, en todo su espanto.

Así se ve en la obra que ha publicado este año: *Souvenirs de mon commerce*, cuando alude a la guerra. Revelase, además, en este libro como escritor penetrante y sagaz, de honda intuición crítica, al consignar interesantes particularidades referentes a hom-

bres ilustres que fueron sus amigos. Evocados por su afilada pluma reviven en estas páginas: Rémy de Gourmont, a quien el genial solitario, compenetrado con Rouveyre, a quien también visitaba la tentación en su retiro; Apollinaire, al cual considera, por sus *Calligrammes*, como el poeta ansiado que había de

producir la guerra; el pensador Soury, discípulo de Renan, y aquel peregrino apasionado, venido de Grecia, que ocultaba su complicado nombre bajo el clásico ya de Moréas.

Las series anteriores de dibujos, que hicieron famoso el nombre de André Rouveyre, más discutidas y populares, son: *La Comedia Francesa*, *La Muerte del Amor*, *Las Parisienses*, las célebres *Carcasses Divines*, «inolvidables visiones de análisis espectrales»; el atrevidísimo *Gineceo*, obra feroz, alucinante, que ha inspirado apasionados comentarios a las plumas más ilustres de Europa: Gabriel D'Annunzio, Juan Moréas, Brandés, Gide,

Coulon, R. de Gourmont..., y de la cual recientemente se ha publicado una magnífica edición española; y los *Visages des Contemporains* reuniendo los anteriormente aparecidos en el *Mercur*, la prestigiosa revista que ha hecho una excepción gráfica por este dibujante.

De toda la importante labor por él realizada se desprende, como nota característica y peculiar, una fuerte originalidad. Hasta su técnica es personalísima; apenas si un rasgo

fugaz evoca confusamente el trazo de un Ensor, un Jeanniot, un Forain o un Pierre Bonnard; prosigue, más audaz que ninguno, su camino hasta alcanzar la simplificación y la veracidad apetecidas. En pocas líneas, vigorosas y ruidas, armoniza eficazmente la ingenuidad de ideación, la espontaneidad de sentimiento con la más hábil maestría de expresión. Esto le permite sintetizar notablemente los rasgos esenciales, simulando al mismo tiempo una torpeza que le aparta del amaneramiento. Rouveyre es un decadente que, en su anhelo renovador, procede a la manera de los primitivos.

Su norma única es la busca obstinada de la verdad escondida y propia de cada uno, y a su expresión honrada sacrifica frecuentemente la belleza con rara abnegación. Pero, ¿puede insinuarse que Rouveyre, en su arte, husque sistemáticamente lo feo? No; no es tan sólo su semejanza con la Naturaleza lo que puede hacer al arte atractivo o ama-

ble. Es muy otra la belleza en la vida que la belleza en el arte, y éste puede ser hasta horroroso: *Macbeth* o *Los Fusilamientos de la Moncloa* no fueron creados con la intención de reflejar una



BERTA BADÝ

carar a un hipócrita. Por toda su obra circula también ese satanismo baudelairiano que tanto influyó en otros espíritus, belgas principalmente. Sus amigos le han llamado *filósofo* y *polichinela*, sin que lo uno—dice él—excluya a lo otro.

No se crea, por todo lo dicho, que este raro artista ha de ser un hombre terrible, un desalmado. Todo lo contrario. Algún crítico no ha ocultado su sorpresa al describirnos el hogar burgués de este sencillez padre de familia, que—de carácter retraído—se refugia en la tranquilidad de su interior, asqueado por la mentira social. Dirige a sus íntimos todo el impulso efectivo, que rehúsa a la mayoría, extendiéndolo fácilmente, con humilde complacencia, a los seres inferiores más abyectos, como los sapos, que los antiguos divinizaron y él colecciona cuidadosamente.

Su aversión al mal se intensifica al comentar la guerra. El ha hecho la guerra—como Gheón y Duhamel, como Whitman y Nietzsche—en las ambulanc-



CATULLE MENDES



PAUL BOURGET

visión grata y placentera de la vida, y son, sin embargo, rotundas obras de arte.

El profundo análisis—biológico más aún que psicológico—que engendra el arte de Rouveyre tiene un noble fondo de cordialidad.

Entiende el dibujante que quien, corrigiendo en nosotros imperfecciones y errores, colabora a nuestra dolorosa depuración, ese es nuestro verdadero amigo.

Por eso él, que quiere a los hombres más dignos y perfectos, y a este fin les hostiga despiadadamente, es, en definitiva, un moralista, sediento de sinceridad y de pureza. Feroz moralista que, enamorado de un alto fin, azota las miserias y las lacras de la humanidad, rasgando sus falsas apariencias, desnudándola violentamente de sus mentiras; im-pasible, sin atender al escándalo que levanta, porque él busca, obstinado, la verdad y la sabe desnuda.

Antonio MARICHALAR

IMPRESIONES DE UN LECTOR

CON MOTIVO DE LA TRADUCCIÓN DE VERLAINE

Se puede traducir a Verlaine? Hay en ese empeño dificultades enormes; pero ellas estimulan y acrecen la facundia del poeta que emprenda tal obra. Yo me imagino a Emilio Carrère ante los *Poemas Saturnianos* en el momento de principiar su versión castellana. Sube de aquellas páginas un sutil contagio de inspiración. Pero un sentimiento de tímida reverencia nos contiene. ¿Traducir a Verlaine!

Nuestra voz deberá interpretar esos dos capitales valores de la poesía verlainiana: la música y el espíritu; y todo nuestro ahínco habrá de tender a que se difunda sobre nuestros versos aquella resonancia ulterior que divaga más allá de los del Pobre Lelían, como llamando a las puertas invisibles...

¿Qué aportó Verlaine a la poesía francesa, a la poesía universal? Educado en la altivez parnasiana, doctrinariamente objetivista, su grito de supremo lirismo,

como una compensación anhelante, fué un balbuceo de imposibles revelaciones. Y puso en la honda, a menara de piedra contra el eterno Goliath, su propio corazón.

Entre sus poesías hay una que me parece singularmente expresiva. Me refiero al soneto concidísimo *Mon rêve familier*. ¿Es todavía un soneto? Sobre la rareza marmórea, lapidaria, de la antigua combinación trovadoresca, se levanta la humareda de un fuego cordial; sube de aquella ara una espiral vaporosa de sacrificio. Es que la vetusta piedra del soneto ha sido consagrada, ardiendo sobre ella nuestro espíritu, perfumado por la libación.

Recuerdo que una vez pregunté a un poeta amigo: ¿Cuál es el mejor soneto del mundo?—Cuando yo le hacía esta pregunta estaba ya pensando la contestación. Y el amigo, unido a mi pensamien-

to por invisible lazo, me contestó recitando:

Tanto gentile e tanto onesta pare...

Luego, a su vez, me preguntó: ¿Y cuál es el segundo?—Y yo—temerariamente, lo confieso—le respondí:

Je fais souvent ce rêve étrange et pénétrant...

Entre esos dos sonetos media la rotación total de la lírica. El del Alighieri es todavía helénico; pero sobre la serena majestad de Eufrosina se ha infundido ya la otra Gracia, la cristiana, afilando sus rasgos, fortificando el imperio de su espíritu sobre su carne, convirtiendo en radiación de no sé qué aureola su blonda cabellera cernida, comunicando virtualidad etérea al ritmo de su marcha.—El soneto de Verlaine señala otro de esos momentos capitales. Aquél era el solsticio de verano de la poesía; éste es el solsticio de invierno: la eterna preocupación de la muerte ha ido perdiendo la seguridad consoladora de la inmortalidad en la otra vida; Beatriz, victoriosa de su muerte prematura, acaso no espere ya al poeta en los umbrales del Paraíso para mostrárselo en su divina y perpetua transfiguración. El cuerpo, en su belleza frágil es una permanente y angustio-

sa lucha con la vejez y con la muerte; es la plasmación de un instante fugaz, que mariposea en torno a nuestra lámpara de Aladino. Sobre la contemplación de esa forma de mujer deseada pasó la duda romántica; pasó la negación fría; pasó, en fin, el obstinado retorno de la esperanza, ya ciega y titubeante, amparada en las propias tinieblas, en las cuales edifica libremente su visión, proyectando su misma luz interna sobre el muro en que va a chocar. Eufrosina ya no es Beatriz; su nombre se ha perdido en la memoria del poeta; el color de sus cabellos no tiene ya un tinte definido; no tiene la negrura meridional, ni la rubicundez de las vírgenes dantescas o peritrarquianas, ni la rojez flameante de Gretchen, iluminada por un reflejo de la capa bermeja de Mefisto. Es ya un color genérico, arquetípico, en el cual se muestran, en potencia, todos los matices. Su mirada es todavía la de las estatuas; pero ya tiene la súbita y morosa abstracción en no sé qué visiones de enfermizo delirio, bañadas en la luz de los paraísos artificiales, con el tono de los ajenjos y la fosforescencia felina que amó Baudelaire. Su talle está ya muy lejos de la urna de fecundidad que esculpieron los griegos; no muestra ya tampoco

la esbeltez *slanciata* de Beatriz; ni es aquella turbadora y paradójica mezcla de flexibilidad y gravedad que pintaba Botticelli. Tiende a una androginia de efebo, se afila hasta una simbólica ondulación de serpiente. Y su voz, su voz a un tiempo de sirena y de musa, evoca los silencios definitivos...—Pero hay en ella un encanto de supremo consuelo: sus lágrimas, sus lágrimas que refrescan el ardor de la frente lívida del poeta, donde hierve la divina y dolorosa inspiración.

Así fué toda la poesía verlainiana. El viejo torso marmóreo en que infundió Ronsard el ritmo francés, se transmitió al canon y a la norma perennes de Racine. Y cuando el romanticismo tomó a su turno el cincel para golpear la sagrada frente, puso añas al verso heredado, pero las esculpió en el mármol, sin mengua de su movimiento etéreo, como en la Nike de Samotracia.

Verlaine recibió de la escuela parnassiana esa herencia. Fué en la hora de retorno al puro idealismo, como reacción contra la etapa realista, más aparente que efectiva. Verlaine fué el pontífice de ese neo-romanticismo o ultra-romanticismo, mientras hervían a su entorno las fiebres de los cenáculos impacientes de novedad, de creación, de forma no en-

contrada todavía. A su lado, Estéfano Mallarmé intentaba otra restauración nebulosa, el simbolismo, y sus metáforas unían las imágenes más dispares en la apariencia vulgar y en la tradición léxica, a modo de connubios entre vírgenes y ángeles malditos.—Y otro poeta vivamente significativo, Juan Moréas, renovaba el vínculo entre la inmortal maternidad griega y la refinada espiritualización romántica; entre el Archipiélago y la sombra de la Atlántida bretona, sobre la cual flotó el amor de Isolda. Moréas era el nuevo avatar de aquel mismo impulso nacional, extrañamente ambiguo, que nos dió a Ronsard y a Chénier, tan clásicos y tan románticos.

Todos somos hijos de Verlaine. Su melodía ha merecido nuestro ensueño. Con él hemos paseado por los parques versallescos, viéndolos bajo una nueva luz espectral y macabra, en la cual Watteau y Lancret se unían en contubernio con Dürer y Holbein. Lluvias invisibles han caído sobre su corazón y el nuestro. ¿No dió Rubén Darío el diapasón de sus violoncelos sollozantes, el sollozo largo de los violines? Nosotros hemos percibido junto a él el vasto y tierno *apaciguamiento* de la hora exquisita, en éxtasis lánguido, mientras huía la juventud estéril. Y sobre él, sobre su imagen faunésca, de *espíritu carnal y carne triste*, llegada a la inmortalidad por Eugenio Carrière, he-

mos visto desplomarse el *gran sueño negro*, y a su alma balancearse como una *cuna al borde de una tumba*... Toda nuestra espiritualidad ha vibrado bajo su arco y ha recibido, como de un incubo, su fecundación poética.



Emilio Carrere ha traducido, con aérea flexibilidad, los Poemas Saturnianos; en alguna poesía sorprende la fácil adaptación de la forma castellana a la aérea musicalidad ultralírica del original. La lengua castellana, antes de Rubén, tenía una tradición poética excesivamente pomposa, decorativa, abundante. Lo que en este sentido hicieron en el siglo XV y en el XVI las dos influencias italianas, lo hizo en sentido bien diverso a fines del XIX y principios del XX la influencia francesa. Rubén Darío fué para esta importación lo que Francisco Imperial y Garcilaso fueron para la italiana. Un viento de libertad rompió el secular en-

varamiento. Agitáronse las hojas bajo nuevas ráfagas. Y Verlaine, desde entonces, pudo aclimatarse en nuestro jardín.

Dos pequeñas observaciones: Me parece violento el galicismo *poses* (pág. 22), sobre todo para lograr una rima. — No tengo ahora a la vista el original de la poesía póstuma *En el Calvario*, tan característica. ¿Cometió en ella Verlaine esa inconcebible confusión entre Barrabás y Gestas, el Mal Ladrón?

El segundo tomo de las Obras de Verlaine, *Los poetas malditos*, ha sido traducido, muy pulcramente, por Mauricio Bacarisse. Se necesitaba para ello un alma de poeta como la suya. Libro lleno de una mezcla, verdaderamente alcohólica, de puerilidades y atisbos de vidente. Flota en él, sobre todo, la obsesión de Arturo Rimbaud, el gran poeta aventurero, que tan lívida sombra proyectó sobre la amarga vida de Verlaine.

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. — Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos —



Entrada al vestíbulo del Hotel de Paris

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.

Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

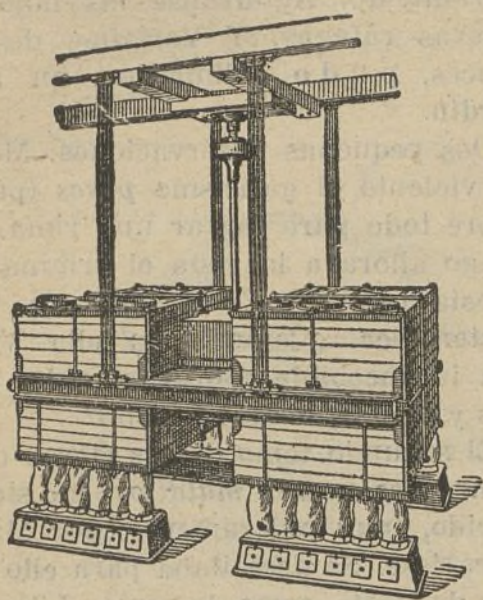
AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)

Ayuntamiento de Madrid



BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36
MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.
Fábricas de Pastas Alimenticias.

Fábricas de Malte y de Cerveza.

Tejerías Mecánicas.

Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de

FÁBRICAS DE HARINAS

CON MODERNO DIAGRAMA

~~~~~ PIDANSE CATALOGOS Y OFERTAS ~~~~~



# CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébalo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

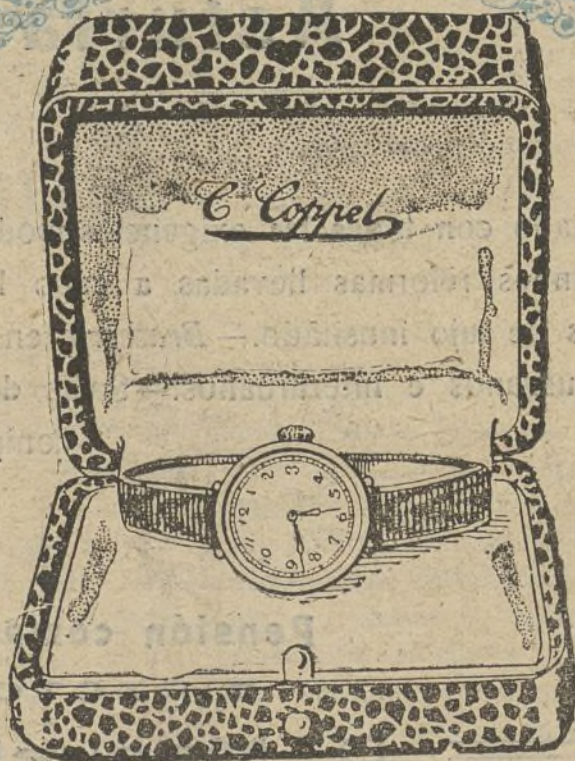
FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

FÁBRICA DE  
RELOJES DE

# CARLOS COPPEL

FUENCARRAL 27  
MADRID



Exposición  
permanente  
de Relojes  
de Pared

Nº 1921

Reloj-pulsera de moiré con  
broche a presión en caja de Oroxil  
Oro chapeado: 60 Pts.

El mismo en oro de ley: 100 Pts.

Remesas  
á provincias  
CERTIFICADO DE GARANTIA  
CON CADA RELOJ.  
Catálogo gratis